

Edmundo · Husserl

Fenomenología de la espacialidad de la naturaleza

Traducción de Karls Cordua

S U M A R I O

1. Representación del mundo visible.—2. Representación del mundo en una infinitud ideal.—3. Génesis de la experiencia de la tierra.—4. La tierra como portadora de todos los cuerpos.—5. El movimiento se experimenta necesariamente en relación a un “suelo”.—6. Necesidad de un “suelo” originario para que sea posible la representación de cualquier cuerpo, también de la tierra como cuerpo.—7. Cinestesia y representación del movimiento.—8. La historicidad propia de la constitución de la experiencia.—9. Interpretación de las estrellas como cuerpos lejanos.—10. La total representación naturalística del mundo y del hombre en el mundo depende trascendentalmente del ego.—11. La tierra como “suelo”, condición trascendental de la dotación de sentido de las representaciones de movimiento y reposo.

Las páginas que siguen, no obstante las muchas repeticiones y trasposiciones, fundamentan una doctrina del origen de la espacialidad, de la corporeidad, de la naturaleza en el sentido de la ciencia natural, y de este modo, de una teoría trascendental del conocimiento científico-natural. Sin duda la cuestión de si no serían aún necesarios algunos complementos queda pendiente.

Distinción: el mundo en lo abierto del mundo visible —en la infinitud puesta conceptualmente. Sentido de esta infinitud— “El mundo existente en la idealidad de esta infinitud”. ¿Cuál es el sentido de esta existencia, del infinito mundo existente? El carácter abierto como “virtualidad de horizonte” no enteramente conceptualizada ni representada, pero ya formada implícitamente. El carácter abierto del paisaje —saber que finalmente llegaré a las fronteras de Alemania— entonces sigue paisaje francés, danés, etc. Yo no he recorrido ni conocido lo que queda en el horizonte, pero sé que otros han conocido un pedazo más allá, y entonces aún otros, un pedazo más —representación de la síntesis de los campos actuales de experiencia, la que restablecida medianamente proporciona la representación de Alemania en el marco de Europa, de esta última, etc.— finalmente la tierra. Representación de la tierra como unidad que se forma sintéticamente, en forma análoga a como en experiencias continuadas y conexas los campos experienciales de los seres humanos singulares llegan a la unidad de un campo de experiencia. Sólo que yo me apodero por analogía de informes, descripciones y afirmaciones de otros y formo representaciones universales. Hay que distinguir expresamente:

1. El hacer intuitivos los horizontes de la acabada “representación del mundo”, tal como fué formada en transferencias aperceptivas, anticipaciones conceptuales y bosquejos.

2. El camino de la constitución progresiva de la representación del mundo a partir de una representación del mundo ya hecha, por ejemplo, el mundo circundante del negro o del griego en comparación con el mundo copernicano, científico-natural de la época moderna.

Nosotros los copernicanos, los hombres de la época moderna decimos:

La tierra no es “toda la naturaleza”, es una de las estrellas en el infinito espacio universal. La tierra es un cuerpo esférico, naturalmente no perceptible de una vez y por un sujeto en su totalidad, pero sí en una síntesis primordial como unidad de experiencias singulares interconectadas. ¡Sin embargo, un cuerpo! Aunque para nosotros es el suelo de la experiencia de todos los cuerpos en la génesis de la experiencia de nuestra representación del mundo. Este “suelo” no se percibe como cuerpo; en una etapa superior de la constitución del mundo se convierte en cuerpo-suelo anulándose así su forma original de suelo. Se transforma en un cuerpo-totalidad, en el portador de todos los cuerpos hasta entonces suficientemente perceptibles empíricamente, de manera plena (normal) y universal, en la forma como se los percibe, en tanto que las estrellas no cuentan aún como cuerpos. Pero entonces la tierra es el gran tronco sobre el cual los cuerpos se encuentran — por despedazamiento o desmembramiento del cual se han formado o habrían podido formarse para nosotros cuerpos más pequeños.

Una vez llegada la tierra como cuerpo a su vigencia constitutiva —y concebidas por otra parte las estrellas como cuerpos lejanos, sólo que no enteramente accesibles— esto afecta a las representaciones de reposo y movimiento que les corresponden. Sobre la tierra o junto a ella, lejos de ella o hacia ella, tiene lugar el movimiento. La tierra misma, en su forma representativa originaria ni se mueve ni está en reposo; el reposo y el movimiento tienen sólo en relación a ella su sentido. Pero después la tierra se “mueve” o reposa — y asimismo las estrellas, y la tierra como una de ellas. ¿Cómo adquieren el movimiento y el reposo un legítimo sentido óptico en la visión del mundo ampliada o reformada, cómo gana evidencia la intuición que imaginemos como llamada a confirmarlos? Transferencia aperceptiva deliberada no es; pero como siempre debe poder dar testimonio de sí misma.

En general, la elaboración de la visión del mundo, de la percepción de los cuerpos singulares, de la percepción del espacio, de la percepción del tiempo, de la percepción de la causalidad natural —todas estas cosas van juntas de la mano.

El moverse de los cuerpos en la originaria función intuitiva de la tierra como “suelo”, esto es, de los cuerpos entendidos en la primigeneidad, realmente en posible movilidad y mutabilidad. Ser arrojado hacia arriba, o de cualquier manera, no sé dónde, moverse —en relación a la tierra como suelo. Los cuerpos en el espacio terrestre son móviles, tienen un horizonte de movimiento posible, y cuando el movimiento termina la experien-

cia señala aún posibilidades de ulterior movimiento, eventualmente en forma conjunta con la posibilidad de una nueva causa de movimiento, por un posible choque, etc. Los cuerpos están realmente frente a posibilidades abiertas que se cumplen en aquello que se realiza de ellos en su movimiento o cambio (la permanencia como forma particular posible del cambio). Los cuerpos están en movimiento real y posible; posibilidad siempre abierta de realidad, de continuación, de cambio de dirección, etc. Los cuerpos también están “entre” cuerpos reales y posibles, y correlativamente los cuerpos son percibidos realmente o de manera posible, en sus movimientos y cambios efectivos, en sus efectivas “circunstancias”. Posibilidades que de antemano, “a priori”, están abiertas; y como esto, como posibilidades existentes, tienen una representabilidad intuitiva, su intuitiva verificación. Esto lo tienen como modos que pertenecen al ser de los cuerpos y de la multiplicidad de los cuerpos.

En toda elaboración de la apercepción del mundo debe la unidad de una “visión del mundo” acreditar la posibilidad del mundo —como *la* posibilidad y universum de las posibilidades abiertas, que constituye un núcleo básico de la realidad del mundo. El meollo de la experiencia efectiva (ópticamente, aquello que se percibe del mundo éste o aquél lado y que eventualmente vale ya como realidad conocida por una síntesis experiencial en el acuerdo mutuo) es como meollo de la experiencia del mundo, meollo de aquello que está prefigurado por él, prefigurado como espacio para el juego de posibilidades: y esto significa un campo en que juegan posibilidades coincidentes continuadamente repetidas. El mundo se constituye progresivamente y es finalmente constituido —en relación a la naturaleza como su fundamento abstraíble— por una horizonticidad en la cual el ente real está constituido por medio de posibilidades existenciales prefiguradas en todo tiempo, está prefigurada la forma del mundo, aquella que después la ontología vierte en conceptos y juicios, por medio de los cuales se la “piensa”, y dentro de ella se mueve toda prefiguración inductiva relativamente determinada, lo cada vez previsible y la verificación o descalificación que surge en el curso de la experiencia real —de la propia y comunicativa— como la realidad que se muestra.

Una experiencia real en el marco de posibilidades efectivas que se prefiguran inductivamente, que penetre por el acuerdo mutuo y la síntesis en el horizonte y que envuelva un trozo de campo de mundo realmente intuible y que se ofrece como ser confirmado, da cuerpos en reposo o movimiento en permanencia o cambio, para mí y eventualmente para nosotros en una activa “comunización”. Pero lo que ahí se da es un aspecto en el

cual no está decidido aun todo lo que es determinante de sentido desde las posibilidades aun horizonticas del mundo cabalmente constituido. Vale aquí: el reposo se da como algo decidido y absoluto y del mismo modo el movimiento; aquí, esto es, en la etapa en sí primera de la constitución de la tierra como suelo.

Pero el reposo y el movimiento pierden su carácter absoluto en cuanto la tierra se convierte, en la abierta multiplicidad de los cuerpos que la rodean, en cuerpos cósmicos. El movimiento y el reposo se vuelven necesariamente relativos. Y si se pudiera discutir al respecto sería sólo porque en la moderna apercepción del mundo como mundo de los infinitos horizontes copernicanos no se ha convertido la visión del mundo totalmente en apercepción verificada (“apercepción” del mundo, apercepción en general, ésta es la conciencia de la validez, con el sentido óntico “mundo” con todas las etapas de la constitución). La transferencia aperceptiva se produjo de tal manera que sólo constituyó una indicación para una intuición verificadora, en vez de haberse construido hasta el final como comprobación.

¿Cómo hay que pensar propiamente un cuerpo, su lugar, su posición en el tiempo, su duración y forma, siendo en ellos de esa manera calificable, identificable, de nuevo reconocible, determinado en sí y con ello determinable? Toda verificación, toda confirmación de la apercepción del mundo en elaboración y elaborada —en la forma de transferencias aperceptivas progresivas, en las cuales se dota al mismo mundo, a partir de la objetividad y el mundo ya constituidos, de un sentido de grado, superior, hasta llegar al mundo final y acabadamente constituido que en su propio y firme estilo se sigue constituyendo— toda verificación tiene su punto de partida subjetivo y su último anclaje terreno en el yo verificador. La confirmación de la nueva “representación del mundo”, la del sentido transformado, tiene su primer sostén y meollo en mi campo de percepción y en la presentación del sector del mundo orientado en torno a mi cuerpo como cuerpo central entre los otros, todos dados con su peculiar contenido esencial intuitivo, en reposo o en movimiento, en cambio o permanencia. Una cierta relatividad de reposo y movimiento se ha formado ya a esta altura. Un movimiento es necesariamente relativo cuando es experimentado en relación a un “cuerpo-suelo” percibido como en reposo y con el cual mi organismo corporal se aúna. Este último puede estar en movimiento mientras se mueve, pero entonces puede en cualquier momento detenerse y entonces percibirse como detenido. El “cuerpo-suelo” relativo está naturalmente en reposo relativo y en movimiento relativo res-

pecto del suelo terrestre, el cual no es percibido como cuerpo —en la percepción realmente originaria. “Cuerpos-suelo” relativos: yo puedo encontrarme sobre un coche en movimiento, que es entonces mi “cuerpo-suelo”, puedo también ser llevado en un carro de ferrocarril, entonces mi “cuerpo-suelo” es el que me lleva en movimiento, y para éste de nuevo el coche de ferrocarril, etc. El coche es percibido en reposo. Pero cuando miro hacia el exterior digo que se mueve, aun cuando veo que el paisaje afuera está en movimiento. Yo sé que he subido al coche, he visto coches semejantes con gentes dentro, sé que ellos, como yo cuando subo en alguno, ven el mundo circundante en movimiento, etc. Conozco la inversión del modo como se percibe el reposo y el movimiento desde el carro sobre y desde el cual he saltado tantas veces. Pero todo está en primer lugar relacionado con el suelo de todos los “cuerpos-suelo” relativos, el suelo de la tierra: todas las mediatizaciones las he implicado en la apercepción y puedo recurrir a ellas en el consenso general verificativamente.

Si yo “pensara” a la tierra como cuerpo en movimiento entonces necesitaría, para así pensarla y aún para poder en general pensarla como cuerpo en el sentido más originario, esto es, para poder ganar para ella una intuición posible en la cual su posibilidad de ser como cuerpo se haga inmediatamente evidente, necesitaría, digo, un suelo con el cual esté relacionada toda experiencia de cuerpos y con ella toda experiencia de un ser subsistente en reposo y en movimiento. Hay que subrayar aquí: yo puedo continuamente avanzar sobre el suelo de mi tierra y experimentar cada vez más completamente su “ser corporal”; tiene su horizonte precisamente porque ando sobre él y andando lo experimento cada vez más a él y a todo lo que sobre él se encuentra. Lo mismo ocurre respecto de los demás hombres que andan corporalmente sobre él y lo experimentan en común conmigo, con todo lo que hay en él y sobre él y pueden así llevarlo al acuerdo mutuo. Llego a conocer la tierra por pedazos y percibo la posibilidad de destrozar pedazos que son verdaderos cuerpos que tienen su ser despedazado en reposo y en movimiento —relativamente al suelo terrestre en reposo, cumpliendo una vez más su función. Yo digo eventualmente la “tierra en reposo” —pero la “tierra” como el armónico suelo terrestre no puede ser en el mismo sentido percibido en reposo, y con ello no puede ser en el mismo sentido percibido como un cuerpo, como precisamente “un” cuerpo, que no sólo tiene su extensión y su cualificación, sino que también su “lugar” en el espacio, pero que como lugar suyo es posiblemente cambiante y en reposo o movimiento. En tanto no tenga una nueva representación del nuevo suelo como tal, desde el

cual la tierra tenga sentido en un ir conexo y reconducente sobre sí en el movimiento y el reposo, como un cuerpo cerrado, y en tanto no conquiste una representación del intercambio de los suelos y de un convertirse por este medio ambos suelos en cuerpos, la tierra misma será suelo pero no cuerpo. La tierra no se mueve —diré tal vez aún, ella reposa; pero esto sólo significa que todo pedazo de la tierra que yo separo o que separan otros o que se separa por sí mismo, reposa o se mueve, es un cuerpo. La tierra es un todo cuyas partes —cuando son pensadas en sí mismas, como pueden serlo como despedazadas, como despedazables— son cuerpos, pero como “todo”, ella no es un cuerpo. Aquí un todo “consistente” de partes corporales no es, no obstante, un cuerpo por ello.

¿Qué ocurre entonces con la posibilidad de nuevos “cuerpos”-suelo o, al contrario, con nuevas “tierras” como fundamentos de relación para la experiencia de cuerpos, y con la posibilidad prevista de que por ello tanto la tierra como el otro cuerpo-suelo se transformen en cuerpos normales? Primero habría que haber dicho que no tiene sentido hablar antes de un espacio cósmico vacío en el sentido en que lo hacemos en el ya infinito mundo “astronómico”, como espacio en el que el mundo se encuentra, como se encuentran cuerpos en él, y que rodea al mundo. Un espacio circundante tenemos sólo como sistema topológico —esto es, como el sistema de las posibles terminaciones de los movimientos de los cuerpos. Pero dentro de él tiene cada vez su “lugar” todos los cuerpos terrestres, pero no la tierra. La cosa puede tal vez cambiar cuando se ha conquistado la “posibilidad mental” de cambiar los suelos.

Objeción: ¿No ha sido exagerada desmesuradamente la dificultad de la constitución de la tierra como cuerpo? Pues la tierra es un todo de partes implícitas, cada una en la posibilidad de la separación real y un cuerpo —cada una tiene su lugar— y así la tierra tiene un espacio interior como un sistema topológico o continuo topológico (aun cuando no pensado matemáticamente) en relación con una divisibilidad integral (total). Así, por la misma razón por la cual otro cuerpo cualquiera en cuanto divisible tiene su lugar relativamente a las partes. Pero el espacio interior y el espacio exterior de la tierra forman un único espacio. ¿O sobra aún algo? Cada parte de la tierra podría moverse. La tierra tiene movimientos interiores. En igual forma: cada cuerpo corriente no solamente es divisible sino que tiene sus deformaciones y sus continuados movimientos interiores, mientras que como todo, pueden, a su manera, conservar o cambiar su lugar en el espacio. Así tiene la tierra deformación y movimiento interior persistentes, etc. ¿Pero cómo puede moverse como todo, cómo es

esto concebible? No como si estuviese fuertemente soldada a algo —para eso falta el “suelo”. El movimiento, o sea la corporeidad ¿tiene para ella un sentido? ¿Es, pues, su lugar en el espacio total verdaderamente un “lugar” para ella? Por otra parte ¿no es el espacio total precisamente el sistema topológico de todos los cuerpos que según ello se quiebran en partes implícitas de la tierra (separadas y movibles) y en cuerpos externos libres ¿qué curiosidades de la “percepción del espacio”, del espacio de esta etapa, son éstas?

Pero aun debemos reflexionar sobre los cuerpos externos —los cuerpos libres que no son pedazos implícitos de la tierra— los cuerpos orgánicos. “Mi organismo” y “otros organismos”. Estos percibidos como cuerpos en el espacio, cada uno en su lugar, e impercibidos pero perceptibles (o experimentables en forma modificada) como lo persistentemente durable, en un movimiento-reposo (también movimiento interior y reposo interior) extendido sobre esta duración.

Mi cuerpo: en la experiencia primigenia no tiene ni movimiento continuado, ni reposo, sólo movimiento interior y reposo interior, a diferencia de los cuerpos externos. En el “yo ando”, en general “me muevo” cinestésicamente —no “se mueven” todos los cuerpos, ni se mueve todo el suelo terrestre bajo mí. Pues a un reposo corporal corresponde que los aspectos de los cuerpos transcurran o no “móvilmente” en mí según mi inmovilidad, etc. Yo no tengo movimiento continuado; me detenga o camine tengo mi cuerpo como centro y cuerpos en reposo y movimiento a mi alrededor y suelo sin movilidad. Mi cuerpo tiene extensión, etc., pero no cambio posicional ni transformación en el sentido en que ceda en un cuerpo externo en movimiento, alejándose o acercándose, o inmóvil, cerca, lejos. Pero tampoco el suelo sobre el cual mi cuerpo anda o no anda es percibido como un cuerpo como del todo movable en forma continua o no continuadamente movable. Los cuerpos de otros son cuerpos en reposo y movimiento (siempre: movimiento continuado, en el sentido de que por sí se me acerquen o alejen), pero son cuerpos en el “yo muevo”, con lo cual el yo es “otro yo”, para el cual mi organismo es cuerpo y para el cual todos los cuerpos externos que no son cuerpos para él, son los mismos que yo tengo. Pero también todo organismo que es para mí organismo ajeno, es para todos los otros yo, con excepción de su propio organismo idénticamente el mismo cuerpo y el mismo organismo del mismo yo, y para cada yo es mi organismo el mismo cuerpo y al mismo tiempo el mismo organismo para el mismo yo, que soy para mí mismo y que para ellos es distinto.

La tierra es para todos la misma tierra, encima de ella, en ella, sobre ella, los mismos cuerpos obrando sobre ella, —“encima de ella”, etc., los mismos sujetos orgánicos, sujetos de organismos, que existen para todos los cuerpos en un sentido transformado. Pero para todos nosotros la tierra es suelo y no cuerpo en sentido acabado. Supongamos que yo fuera pájaro y pudiera volar —o bien, yo miro a los pájaros que pertenecen a la tierra. Comprenderlos es introyectarse en ellos como voladores. El pájaro está sobre la rama, o sobre el suelo, salta de un lado a otro y emprende el vuelo: es como yo en su experiencia y en su hacer cuando está sobre la tierra y percibe el suelo, percibe cuerpos diferentes, también otros pájaros, organismos de otros y yoes-de-organismos, etc. —tal como yo. Pero él emprende el vuelo —eso es, como el caminar aquí abajo, una cinestesia, por la cual todo el acontecer fenoménico que en otras circunstancias sería percibido como reposo y movimiento de cuerpos se modifica, y así lo demás, como al caminar. Sólo en tanto que la inmovilidad y el “ser-transportado-por-el-viento” (que no necesariamente significa una aprehensión como cuerpo) es una combinación experiencial con el “yo nuevo”, produciendo de nuevo el “movimiento aparente”, por un “cambio de la posición de las alas” y la renovada inmovilidad, sólo que de otra manera. La última termina como “caída”, con que el pájaro ya no vuela sino que está sobre el árbol o sobre la tierra y por ello, eventualmente, saltará, etc. El pájaro abandona la tierra sobre la que tiene como nosotros experiencias no-volantes, levanta el vuelo y retorna: una vez de vuelta experimenta de nuevo las formas fenoménicas del reposo y del movimiento, como yo, amarrado a la tierra; en vuelo y mientras vuelve tiene formas fenoménicas motivadas por otras cinestesis (por la específica suya del volar) transformadas analógicamente, pero que en la transformación tienen el significado del reposo y del movimiento, ya que las cinestesis del vuelo y las cinestesis del caminar forman para el pájaro un sistema cinestésico único; nosotros los que comprendemos al pájaro, comprendemos precisamente esta ampliación de sus cinestesis, etc. Lo que reposa tiene su sistema fenoménico que siempre puede ser presentado como no-andar, no-volar, etc.

Contemplemos el saltar hacia arriba y hacia abajo de un cuerpo en movimiento, y la inversión del curso de los fenómenos me proporciona no sólo a mí sino a cualquiera, reposo y movimiento en el viejo sentido —así entiendo yo necesariamente a cualquiera. Pues yo comprendo su saltar como tal. Los cuerpos que penetran en mi campo visual, que penetran por ejemplo “desde el espacio vacío”, cayendo, los entiendo jus-

tamente como tales. ¿Cómo así? Están en movimiento sobre la tierra para mí merced a que puedo transformar y eventualmente desarrollar cinesias y obtener así la mutación fenoménica correspondiente al reposo —esto es a aquello que para mí significa reposo cuando estoy cinestésicamente quieto. No puedo hacer esto tratándose de cuerpos que se mueven en el espacio supraterrrestre, lo podría si volase. Pero puedo lanzar piedras hacia arriba y verlas descender idénticas. El lanzamiento puede ser más o menos tendido, los fenómenos que trae consigo son manifiestamente tan análogos a los movimientos sobre el suelo de la tierra, que son experimentados como movimientos. Así como los cuerpos son entendidos como esferas rodando, etc., o por empujones, así son lanzados, etc. Merecería mención aparte la experiencia de un movimiento de caída desde un cuerpo terrestre elevado, un tejado, una torre.

Cuerpo en movimiento (carro), sobre él mi cuerpo-avión. “Podría volar tan alto que la tierra parecería como esfera”. La tierra podría también ser tan pequeña que yo pudiera recorrerla por todos lados y llegar indirectamente a la representación esférica. Descubro así que es un gran cuerpo esférico. Pero la cuestión es precisamente si y cómo llegué a la corporeidad en el sentido de que la tierra sea “astronómicamente” justamente un cuerpo entre los otros, uno de los cuerpos celestes. Tampoco podría proponerse que se imagine al pájaro a una altura arbitraria y entonces se suponga que pudiera con ello percibir la tierra como un cuerpo igual a los otros. ¿Por qué no? El pájaro, el avión, se mueven para nosotros los hombres sobre la tierra y para el pájaro mismo, y para el hombre en el avión, en tanto que tienen en su experiencia a la tierra como “cuerpo”-base, como “cuerpo”-suelo. Pero ¿no puede el avión hacer el papel de “suelo”? ¿Puedo acaso intercambiar o pensar como intercambiado el suelo y el cuerpo que se mueve respecto al suelo, como sede originaria de mis movimientos? ¿Qué laya de cambio de la apercepción sería éste y cómo podríamos verificarlo? ¿No tendría acaso que pensar como transferida al avión toda la validez constitutiva (según su forma) que da en general su sentido a la tierra como mi suelo, como suelo de mi cuerpo?

¿Se asemeja esto a la manera cómo, al comprender un cuerpo ajeno, presupongo, no obstante, mi propio cuerpo-primordial, y cuanto le pertenece? Pero aquí encuentro de un modo comprensible la necesaria validez óptica del otro. La dificultad se repite para las estrellas. Para poder “experimentalizarlas” como cuerpos, poder aprehenderlas indirectamente como tales, tengo que ser desde ya para mí hombre sobre la tierra, como mi

suelo-base. Quizás se diga: la dificultad desaparecería si yo y nosotros pudiéramos volar y tuviéramos dos tierras como cuerpos-suelo, desde cada una de las cuales pudiéramos alcanzar la otra volando. Justamente por esto se tornaría cada cuerpo en suelo del otro. ¿Pero qué significan dos tierras? Dos trozos de una tierra con una humanidad. Ambos juntos constituirían un suelo y serían a la par cuerpos el uno para el otro. Tendrían en torno a sí el espacio común dentro del cual podría como cuerpo tener cada uno eventualmente un lugar móvil, pero el movimiento sería relativo siempre al otro cuerpo e irrelativo al suelo que sintéticamente constituyen ambos juntos. Los lugares de todos los cuerpos tendrían una relatividad que daría ocasión a la siguiente pregunta con respecto a su reposo y movimiento: ¿En relación a cuál de los dos cuerpos-suelo?

Sólo “el” suelo-terrestre con su espacio circundante de cuerpos puede estar originariamente constituido; esto empero presupone ya que esté constituido mi cuerpo y también otros conocidos y un abierto horizonte de otros, repartido en el espacio —en el espacio que como abierto campo de proximidad y lejanía rodea la tierra y da a los cuerpos el sentido de cuerpos terrenales y al espacio el de espacio terrestre. La totalidad del “nosotros”, de los hombres, de los “animalia” es terrena en este sentido —y no tiene por de pronto un contrapolo en lo no-terreno. Este sentido está arraigado y tiene su centro de orientación en mí y en un más estrecho “nosotros-que-convivimos”. Es empero también posible que el suelo terrestre se dilate, acaso en el sentido de que yo me percate de que en el espacio de mi primer suelo terrestre hay grandes naves aéreas, que lo navegan por algún tiempo: sobre una de ellas he nacido y vive mi familia, fué mi suelo existencial hasta que aprendí que somos sólo navegantes sobre una tierra mayor. Así puede una multiplicidad de sitios-suelo, sitios de residencia organizarse en la unidad de un sitio-suelo único. Sobre ello volveremos más tarde con complementos necesarios.

En primer término: en cuanto la tierra con la corporalidad y la corporeidad está constituida, lo está también necesariamente el “cielo” como campo de lo más remoto espacialmente experimentable para mí y para todos —a partir del suelo terrestre. O bien se constituye un horizonte abierto de la lejanía accesible; desde cada punto del espacio que para mí es accesible, un horizonte extremo, el “limes” (esfera horízontica), en el cual lo aun perceptible como cosa distante con el alejamiento finalmente se desvanece. Al revés: puedo figurarme naturalmente que los “puntos” que se hacen visibles son cuerpos lejanos que han advenido

y que pueden ahora acercarse hasta que alcancen el suelo terrestre, etc. Pero luego también: puedo representarme que son sitios de residencia.

Pero cabe pensar: cada uno tiene su "historicidad" a partir del respectivo yo que en él reside. Si he nacido como hijo de navegante, he tenido un trozo de mi desarrollo sobre el navío, el cual no estaría tampoco caracterizado para mí como navío en relación a la tierra —en tanto que no se ha establecido ninguna unidad— sino que sería el mismo mi "tierra", mi hogar primario. Pero y si mis padres no residieron originariamente en el navío, tuvieron una habitación anterior, otro hogar primario. En el cambio de los lugares de residencia subsiste, dicho generalmente, esto (si lugares de residencia tiene el sentido habitual de mi presente territorio individual o familiar): que cada yo tiene un hogar primario —y que éste pertenece a cada pueblo originario con su territorio primigenio. Pero cada pueblo y su historicidad, y cada conglomerado supranacional, habita él mismo en último término, naturalmente, la "tierra", y todos los desarrollos, todas las historias relativas tienen por lo tanto una sola archihistoria, cuyos episodios son. Por supuesto, es posible que esta historia originaria sea un conjunto de pueblos que viven y se desarrollan enteramente separados, sólo que se encuentran unos para los otros en un abierto e indeterminado horizonte espacial-terrestre.

Consideremos ahora las estrellas, luego de haber esclarecido la posibilidad de "Archés" volantes (bien podría ser éste un nombre para los primarios sitios de residencia) que se revelan en la "experiencia" (esto es, en la historicidad, en la que se constituyen el mundo y su naturaleza corpórea, el espacio natural y el tiempo del espacio, la humanidad y el reino animal), como meros "barcos aéreos", "naves espaciales" de la tierra, de la que han partido y a la que retornarán, habitados y conducidos por hombres, que, conforme a su último origen genésico y —para ellos— histórico, están radicados sobre la tierra como su "arché". Como tales consideremos ahora a las "estrellas" —por de pronto puntos de luz, manchas de luz. Apercibidas como cuerpos lejanos en el curso de la experiencia en formación, pero sin que jamás sea dada la posibilidad de una confirmación experimental normal en su sentido primero y estrecho de una verificabilidad directa, "Cuerpos celestes": los tratamos igual que los cuerpos sólo contingentemente presentes de hecho para nosotros (pero eventualmente también para otros) por el momento inaccesibles y hacemos, en relación a ellos, inferencias experienciales, hacemos empíricamente nuestras observaciones localizadoras, observaciones de sus movimientos inducidos, etc., como si fueran cuerpos como los otros. Todo esto

está relacionado con el "arché" del suelo terrestre y la "esfera de la tierra" y con nosotros, los seres terrestres, y la objetividad está relacionada con la totalidad de la humanidad. ¿Cómo la misma "arché" tierra? Ella misma no es ni cuerpo, ni una estrella entre estrellas. Recién cuando nos representamos nuestras estrellas como "archés" secundarias con sus humanidades eventuales, etc., nos fingimos transportados allá y entre aquellas humanidades, tal vez volando hacia allá, esto es distinto. Entonces sucede como con los niños que nacen en barcos, aun cuando algo diferentemente. Pues las estrellas son cuerpos hipotéticos en un sentido determinado como-si, y de esta manera también la hipótesis de que son lugares de residencia en un sentido accesible es de índole particular.

La homogeneización de la lejanía celeste aun en caso de repetición, trae consigo problemas fenomenológicos. ¿Qué es allí posibilidad esencial y posibilidad dada ya con el mundo terrestre como co-constituyendo su ser mediante su esencial modo de ser? Con la interpretación hipotética de las estrellas visibles como cuerpos lejanos y merced a la forma esencial del limes de la experimentabilidad a distancia está dada ya la infinitud abierta del mundo terrestre como dotada con una infinitud de cuerpos distantes posiblemente existentes. Sin más entendemos la homogeneización según la cual la tierra misma es un cuerpo sobre el cual casualmente nos arrastramos; con los problemas que ahora discutimos nos encontramos dentro del gran problema del legítimo sentido de una ciencia puramente física de la "naturaleza" —una ciencia que se sostenga astronómica-físicamente en la "infinitud astronómica" en el sentido de nuestra física moderna (en el sentido más amplio, astrofísica), y de una infinitud interna, la infinitud del continuo y de la manera cómo se atomiza o se cuantifica en una abierta ilimitación o infinitud —la física atómica. En estas ciencias de lo infinito relativas a la naturaleza total, la manera de ver es corrientemente la de que los organismos son sólo casualmente cuerpos separados, que por lo mismo desde el punto de vista conceptual podrían faltar del todo, siendo por lo tanto posible una naturaleza sin organismos, sin animales, sin hombres. No falta mucho para que se opine —y ello ha sucedido alguna vez en demasía— que es meramente un hecho, una consecuencia fáctica de las leyes naturales válidas en el mundo, el que la vida psíquica esté relacionada (casualmente) con ciertos cuerpos o tipos de cuerpos de la estructura física del organismos animal; después de esto sería concebible que estos cuerpos así conformados fueran meros cuerpos. Como se cree poder demostrar en relación con la tierra, alguna vez no hubo "vida" sobre ella; fueron necesarios largos pe-

ríodos de tiempo para la formación de las complicadísimas sustancias orgánicas, y con ello para que la vida animal apareciera sobre la tierra. Y también vale, como comprensible de suyo, el que la tierra sea nada más que uno de los casuales cuerpos del mundo, uno entre otros, y sería según Copérnico casi ridículo opinar que la tierra —“sólo porque casualmente nosotros vivimos en ella”— fuera el centro del mundo, privilegiada aun por su “estado de reposo”, en relación al cual está en movimiento todo lo que se mueve. Parece que, por medio de todo lo anterior, ya hemos abierto una considerable brecha en la ingenuidad científico-natural (no en cuanto teorizante, sino en tanto que ella cree ganar en sus teorías la verdad absoluta del mundo, si bien sólo en grados relativos de perfección). Tal vez la fenomenología ha ayudado a sostener a la astrofísica copernicana —pero también al anticopernicanismo—, según el cual Dios habría fijado a la tierra en un lugar del espacio. Tal vez ocurra en el nivel de la fenomenología que los cálculos y las teorías matemáticas de la astrofísica que sigue a Copérnico, y con ella toda la física, conserven sin embargo su derecho —otra cosa sería el problema de si una biología puramente física y que pretendiera como tal ser una biología, conservaría sentido y legitimidad.

De esta manera pensamos. ¿Cómo ganaríamos derecho de hacer valer la tierra como cuerpo, como una estrella entre estrellas? Por de pronto también sólo como una posibilidad. Comencemos por otra posibilidad. El investigador de la naturaleza admitiría que es un mero hecho el que en general vemos estrellas. El diría: bien pudieran estar tan lejos que no existieran para nosotros, ¿también el sol? Podría hacerlo invisible una capa de nubes. Así habría sido pues en todos los tiempos históricos —viviríamos pues en una historicidad genética y tendríamos nuestro mundo terrestre, nuestra tierra y espacio terrestre, dentro de él cuerpos volantes y flotantes, etc., todo como hasta ahora, sólo que sin estrellas visibles y perceptibles por nosotros. Quizás tendríamos una física atómica, una microfísica, pero no una astrofísica, una macrofísica. Pero habría que considerar cuánto se modificaría por ello la primera. Tendríamos nuestros telescopios, nuestros microscopios, nuestros instrumentos de medida cada vez más precisos; tendríamos a nuestro Newton y la ley de gravitación; habríamos podido descubrir que los cuerpos se atraen unos a otros, que los cuerpos pueden al mismo tiempo ser vistos como cuerpos divisibles, como todos de cuerpos parciales que como cuerpos independientes recíprocamente se atraen, que actúan siguiendo leyes mecánicas, proporcionando resultantes, etc. Habríamos descubierto que la tierra es una “es-

fera" y que es divisible en cuerpos, que como unidad total de partes corporales ejerce una atracción sobre todos los cuerpos que se desprenden y que son visibles o invisibles en el espacio de la tierra. Que en ella haya cuerpos que podemos percibir como situados siempre más y más allá de lo habitualmente visible sólo mediante telescopios cada vez más poderosos, todo esto sabríamos. Nos podríamos decir entonces: por último bien podría haber cuerpos de cualquier tamaño a distancias todavía inaccesibles a nuestros sentidos. Sin verlos, sin saber directamente de ellos, aun cuando hipotéticamente a los cuerpos habituales, cuerpos lejanos, podríamos hacer inducciones y por sus efectos gravitacionales, etc., calcular la existencia de semejantes "estrellas". La tierra sería finalmente en cuanto atañe a lo físico, un cuerpo como cualquier otro y tendría también por ello estrellas a su alrededor. De hecho tenemos ya estrellas a la vista y las encontramos científicamente guardando con la tierra relaciones físicas calculables, y a ésta como equivalente físicamente a ellas, un cuerpo entre cuerpos. De suerte que no tocamos a la física.

Pero de lo que todo depende es de: no olvidar la aprioridad y constitución que pertenece al yo absoluto, a mí, a nosotros, como fuente de todo legítimo y posible sentido esencial, de todas las posibles ampliaciones; mundo que ya constituido en el curso de la historicidad existente puede seguirse construyendo. No hay que cometer el error —en el hecho es un error— de presuponer inadvertidamente la concepción del mundo naturalística dominante y ver antropológica y psicológicamente la historia de la humanidad, la historia de la especie, en el desarrollo individual y de los pueblos, el desarrollo de la ciencia y de la interpretación del mundo como un acontecimiento enteramente casual sobre la tierra, que de igual manera pudo haber ocurrido en Marte o en Venus. También la tierra y nosotros los hombres, yo con mi cuerpo, y en mi generación, mi pueblo, etc., o sea, también toda esta historia, pertenecen al ego inseparablemente, y esto es no sólo en principio irrepetible, sino que todo lo que es tiene que ser puesto en relación con esta historicidad de constitución trascendental, como meollo situacional y como meollo en ampliación —o bien todo lo nuevo descubierto como posibilidad del mundo está atado al sentido esencial que ya está ahí. Se quisiera pensar después de esto que se puede concluir de ello lo siguiente: la tierra no puede perder su sentido como "sitio originario de residencia", como "arché" del mundo, del mismo modo como no puede mi cuerpo, perder su peculiarísimo sentido esencial como organismo originario, del cual cada organismo obtiene una parte de su sentido esencial y según el cual nosotros

los hombres en nuestro sentido esencial aventajamos a los animales, etc. Pero en esto, en esta dignidad constitutiva o jerarquía axiológica no pueden cambiar nada todas las necesarias equivalencias co-constituyentes (las homogeneizaciones) de organismo y cuerpo, o de organismo corporal como cuerpo igual a otro, la humanidad como especie animal entre las especies animales y así finalmente la tierra como cuerpo cósmico entre los cuerpos cósmicos. Puedo muy bien imaginarme trasladado al cuerpo de la luna. ¿Por qué no pensar la luna como una especie de tierra, como una especie de sitio habitable por animales? Desde la tierra puedo muy bien pensarme como un pájaro que vuela hacia un amplio cuerpo, o partir como piloto de un avión y aterrizar allá. Puedo imaginar que allá hubiera ya personas y animales. Pero si casualmente pregunto: “¿Cómo han llegado allá arriba?”, tal como estando en una nueva isla en la cual me encontrara con inscripciones cuneiformes, preguntaría: ¿Cómo llegaron a ella los pueblos correspondientes? Todos los animales, todos los seres vivientes, todo lo existente en general tiene sentido esencial sólo desde mi génesis constitutiva y esta “terrena” precede. Tal vez un trozo de tierra puede haberse separado (como un témpano de hielo) y esto ha posibilitado una particular historia. Pero esto no quiere decir que también la Luna o Venus sean imaginables como sitios de residencia originarios en originaria separación y que sea un mero hecho el que para mí y nuestra humanidad terrestre lo sea justamente la tierra. Hay sólo una humanidad y una tierra —a ella pertenecen todos los trozos que se desprenden o que alguna vez se han desprendido—. Pero si ocurre así ¿podríamos repetir con Galileo el “pur si muove”? ¿Y no por el contrario, que ella no se mueve? Claro que no se alude a que esté detenida en el espacio aun cuando podría moverse, sino que, como hemos intentado exponerlo más arriba: ella es la “arché” que hace posible el sentido de todo movimiento y de todo reposo como modus de un movimiento. Pero su reposo no es el modus de un movimiento.

Pero se encontrará que esto contradice demasiado duramente, exageradamente todo conocimiento científico de la realidad, toda posibilidad real. Existe la posibilidad de que la muerte por calor ponga fin a toda vida sobre la tierra, o de que cuerpos celestes se precipiten sobre ella, etc. Pero aun que se encuentre en nuestros intentos la más increíble Hybris filosófica, no cedemos en nuestro propósito de esclarecimiento de las necesidades inherentes a toda dotación de sentido para lo existente y para el mundo. Tampoco ante los problemas de la muerte, como los entiende la fenomenología en su nueva modalidad. El presente, yo como

presente estoy continuamente muriendo, los otros mueren para mí cuando yo no encuentro la conexión presente con ellos. Pero ahí pasa por mi vida la unidad por medio de la rememoración —yo vivo aún, aun cuando en el ser— otro, y sigo viviendo la vida que está detrás de mí y cuyo sentido de estar-detrás-de-mí descansa en la repetición y en la repetibilidad. Así vive en nosotros, en la repetibilidad y sigue viviendo aun en la forma de la repetibilidad de la historia, mientras el hombre singular “muere”, esto es, ya no puede ser recordado introyectivamente por los demás, sino sólo en recuerdo histórico en el cual los objetos del recuerdo pueden reemplazarse.

Lo que pertenece a la constitución es y solamente esto es necesidad absoluta, y sólo a partir de eso es en último término determinable lo que puede ser pensado del mundo constituido. ¿Qué sentido pueden tener las masas que se precipitan en el espacio, en un espacio preparado como absolutamente homogéneo y a priori, cuando ha sido borrada la vida constituyente? Al cabo semejante borrar sólo tiene sentido, si es que en general tiene alguno como un borrar de y dentro de una subjetividad constituyente. El ego precede con su vida a todo verdadero y posible ser y a cualquier existencia, ya tenga sentido irreal o real. El tiempo cósmico constituido entraña tiempo psicológico y lo psicológico se remite a lo trascendental, pero no de tal manera que se pudiera simplemente convertir lo psíquico objetivo en trascendental. No se puede, sobre todo, presuponer desde el acuerdo común, partiendo de un punto de vista abstracto y relativamente justificado, un mundo homogéneo y menos una naturaleza y en ello lo psíquico atado a lo psico-físico, con lo cual se opera bien prácticamente (para la práctica natural humana que perfecciona y aplica la ciencia), no se puede, digo, convertir en trascendental y entonces hacer valer en contra de la fenomenología las paradojas que de allí resulten (1).

EDMUNDO HUSSERL

¹ Las siguientes traducciones deben admitirse como convencionales:

Allraum : Espacio total; Boden-Körper : Cuerpo-suelo; Erdboden : Suelo terrestre; Heimstätte : Lugar o sitio de residencia; Horizontaft : Horizontico; Horizontaftigkeit : Horizonticidad; Körperlichkeit : Corporeidad; Leiblichkeit : Corporalidad; Leib : Cuerpo orgánico, organismo; Nahe-Fern-Feld : Campo de proximidad y lejanía; Offenheit : Lo abierto, carácter abierto; Ortskontinuum : Continuo topológico; Ortssystem : Sistema topológico; Seinsinn : Sentido óntico; Stamm-Körper : Cuerpo-base; Total-Körper : Cuerpo-totalidad; Vergemeinschaftung : Comunización; Vorgegebenheit : Aprioridad.

NOTA DE LA TRADUCTORA: El original de este manuscrito de Husserl fué publicado como apéndice en el Tomo "Philosophical Essays in memory of Edmund Husserl", editado por Marvin Farber. Harvard University Press, Cambridge, Mass. 1940. La edición norteamericana se hizo con el propósito de dar una impresión viva de la manera de trabajar de Husserl, respetando por lo tanto la redacción y puntuación del original sin corregir siquiera sus faltas gramaticales. El traductor se ha esmerado en mantenerse fiel a la forma del texto, en la medida en que ello no redundara en una ininteligibilidad total. La idea central del escrito puede resumirse así: La representación científico-natural del mundo vigente desde Copérnico, para la cual la tierra es sólo uno de los tantos cuerpos que surcan el espacio, se revela a la luz del análisis fenomenológico de Husserl como el fruto de una abstracción que responde a un punto de vista parcial y que presupone, como condición de su posibilidad, la representación originaria de la tierra como "suelo", incommensurable con la noción de "cuerpo" y ajeno a las categorías de movimiento y reposo, que precisamente sólo en relación a él adquieren su sentido.

El editor norteamericano añade la siguiente información: "Este manuscrito fué redactado entre el 7 y el 9 de mayo de 1934. Su misma informalidad y su estado incompleto procuran una viva imagen de Husserl en su trabajo. La siguiente nota descriptiva fué escrita sobre la cubierta: "Derrumbe de la doctrina copernicana en su interpretación corriente como visión del mundo. La tierra archiprimaria no se mueve. Investigaciones para fundamentar el origen fenomenológico de la corporeidad de la espacialidad de la naturaleza en el primer sentido científico-natural. Todas ellas investigaciones iniciales necesarias. "La publicación del manuscrito ha sido debidamente autorizada". Loc. cit., pág. 307. (Karla Cordua S., del Departamento de Filosofía del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile).